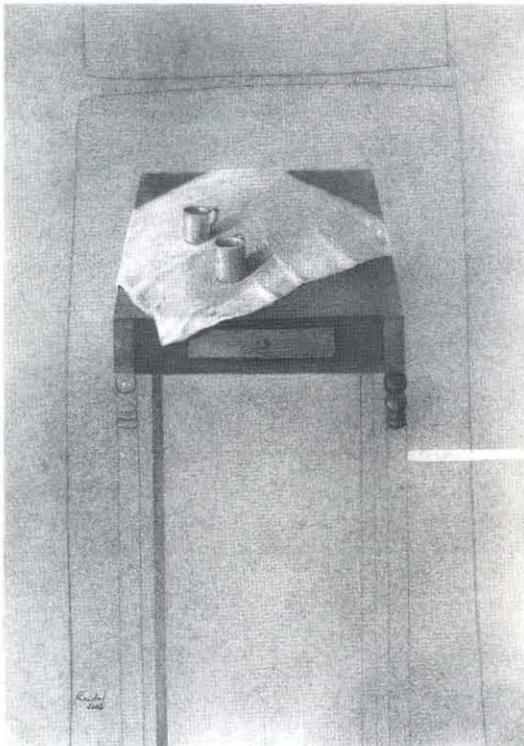


Raidel
2001

Pedro Raidel

La soledad del Endon

ESTHER TERRÓN MONTERO

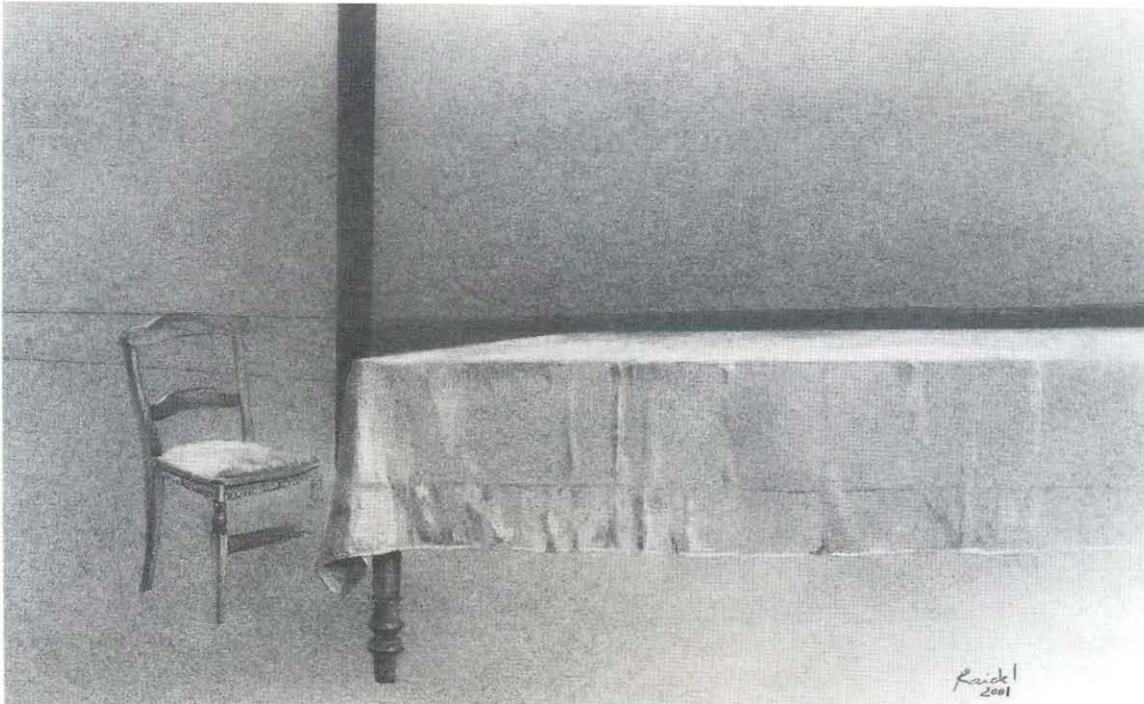


Alguien se acuesta. Alguien no puede dormir, se desvela. Alguien duerme un rato, o muchas horas, o toma un café y piensa en las tareas de ayer, o de mañana, o en el café que tomaron otros. Alguien se marcha, deja fiebre en las cosas. Terminó. No es ya. Los objetos vibran, se recomponen como pinzas hervidas, se dislocan.

Raidel nos asoma al paisaje de la ausencia, dibuja el retrato de nadie, o de alguien que se fue, o de todos cuando nos hemos ido. El paisaje de la presencia coagulada en los objetos. Nuestro primer paisaje, la casa: la del padre, la que visitamos una vez, la que nunca vimos, la que habitamos. El retrato de una naturaleza viva.

Cada cosa que miramos es esa cosa y otras que le acontecieron antes. Ninguna acumulación de sensaciones actuales puede reemplazar a la que a través de estos paisajes se nos ofrecen a la consciencia. Nos quieren adentrar en la experiencia del vacío dejado por las cosas huidas y tanteamos un futuro por definición intangible. El tiempo se borra. Espiamos sucesos que no veremos, contemplamos la espuma que al nadar levantamos en el agua. Tal es el sortilegio que se nos ofrece: los objetos tienen memoria de sí mismos y en lugar de lanzarse hacia la colonización del futuro, diseccionan su pasado y el artista nos enseña lo que no está previsto ver. Solitarios buceadores, bajamos aleteando siguiendo el cabo del ancla. Buscamos la memoria mientras nos vigila la espesura de las cosas que se recomponen tras nuestro paso para ofrecerse de nuevo, intactas, al siguiente. Descanso sobre descansos, charlas sobre charlas, ciudades construidas sobre ciudades, casas sobre casas.

Raidel nos lleva al pasado, o al futuro –da igual: el tiempo sin nadie no es tiempo–, para ver como por una llaga, la caducidad de lo orgánico. Nos coloca en



espacios fantasmales para atisbar la esencia intemporal de los objetos. En los muebles se agitan sucesos como linternas. Tal vez los protagonistas fuimos nosotros, tal vez es la casa de la infancia, tal vez un lugar al que fuimos y en el que hablamos del tiempo, tal vez un lugar en el que nunca estuvimos y que se nos presenta usado y pulcro como la habitación de un hotel, quizás la casa en la que se fraguó una gran obra, o en la que vivió un hombre infame. No importa. Como películas demasiado sensibles los espacios se velan ante nuestra mirada y sólo vemos rastros.

Es la rebelión contra la irrenunciable soledad a la que estamos condenados. Porque para subvertir la mortalidad somos capaces de ver más allá de la mirada y hacer de la visión algo que se prolonga tras la ausencia. Así contradecemos la más elemental lógica. Ahí estamos, de pie, mirando como seres extratemporales nuestra propia temporalidad, nuestra espalda. Queremos saber qué ocurre cuando no estamos, cómo se porta nuestro aliento en los espacios de los que hemos salido, ver el juego luminoso de los pliegues que hemos dejado en las sábanas. Espiar la recomposición de los objetos que, como crisálidas, acaparan nuestro roce y se metamorfosean en otros idénticos que la mirada cotidiana no es capaz de discernir y descubrimos entonces los múltiples gestos que adopta el espacio cuando ha sido vivido.

Desde el mosaico de Soso de Pérgamo, que representaba los restos de un banquete, el suelo de una habitación sin barrer, hasta *La gran zambullida* de David Hockney, pasando por toda la tradición de las Naturalezas Muertas del Barroco, el rastreo de nuestras huellas en el mundo y el dolor por el discurrir del tiempo ha sido una de las principales preocupaciones de los artistas siempre. El arte no puede sin más certificar el paso del tiempo, tiene que protegernos contra él. Para defendernos de la caducidad de las cosas ha de hacer algo más que comentarnos lo que ha sucedido, tiene que descubrir en ello un orden, el significado del que cualquier obra humana ha de estar cargado. Este es el camino por el que transitan los dibujos de Pedro Ruidel. Nos acercan a un mundo en construcción continua a la que nosotros, a la par obreros y habitantes, hemos de dar sentido.